

## La piedad de Aleppo

Había previsto hacer muchas cosas esa primera parte de la mañana y decidió que como la realidad no coincidía apenas con sus expectativas previas sería porque estaba sobrecargado y espeso y se fue a tomar un café para despejarse y luego recomenzar la tarea más tranquilo.

Lo pidió; espero a que se lo sirvieran y, como era costumbre en él, pago de inmediato para luego no tener que esperar y poderse marchar raudo y veloz sin perder apenas tiempo. Como de paso, sin querer, atrapó el periódico. Se sentó en una mesa apartada, dio unos golpecitos a modo de suaves sacudidas al sobrecito del azúcar, lo abrió y lo volcó entero en el café. Abrió el periódico por donde sus dedos le llevaron; la página 69 quedó ante sus ojos.

No sabe qué pasó pero una sacudida le aceleró el corazón y unas incipientes lágrimas brotaron llenando de humedad sus parpados y un conato de llanto extrajo de su garganta un aborto de profundo suspiro.

Ahí, delante de sus ojos, estaba la foto que no podía pasar inadvertida. El padre en cuclillas, sujetando el cuerpo de su hijo con la cabeza vuelta sin que se pudieran advertir los rasgos de su cara de adolescente larguirucho, de niño grande. Muerto, con los brazos caídos a los lados de su cuerpo, con el esparadrapo en el codo como testigo de la vía con que habían tratado de salvar su vida sin éxito, descalzo y manchas de sangre en sus pies, en sus costados, en todo su cuerpo.

El padre mirando al suelo, sollozando, desolado, preguntándose quién y por qué lo ha hecho, de qué bando es el francotirador que puede disparar sin criterio, a un niño, en realidad a todo lo que se mueva por la calle; pensando si él, como padre, podría haber hecho algo para evitarlo, culpándose quizás por lo ocurrido, y maldiciendo por no haber sido él quien falleciera. La tragedia recién acaecida asomando a su rostro, sosteniendo al hijo como en su día lo hicieran no muy lejos de allí con Jesucristo tras su muerte.

Por detrás, un todoterreno, la calle con cascotes por el suelo y junto al vehículo se adivina un hombre que con la mano caída a lo largo de su cuerpo observa la escena seguramente que preguntándose hasta dónde podrán aguantar. Y todo producto de una guerra atroz ni siquiera reconocida como tal, en un país lejano, en un país que preocupa poco, en Siria, en una ciudad como Aleppo.

Volvió al trabajo; la segunda parte de la mañana lo esperaba. Antes de encerrarse con su trabajo, asolado, me lo contó a mí, y yo, ahora, se lo cuento a ustedes. No para nada, sólo para que lo sepan que estas cosas pasan, pero en sitios lejanos, en Siria, en una ciudad como Aleppo.



Fotografia Manu Brabo 1